

LA DOCTRINA BUSH: RUPTURA O CONTINUIDAD EN LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS

Introducción

La política exterior de la Administración de George W. Bush, se ha singularizado, entre otras características, por su manifiesta agresividad y por sustentar postulados de política exterior que desafían principios de la convivencia entre las naciones, incluyendo pilares aparentemente tradicionales de la conducta internacional de los EEUU. Se ha caracterizado también por una acentuada carga ideológica y por la utilización de argumentos doctrinarios y morales como fundamentos de la etapa de expansión hegemónica más ambiciosa del imperialismo norteamericano. Las nuevas ideas proclamadas y aplicadas, han recibido en su conjunto la denominación ampliamente aceptada de: “Doctrina Bush”.

Un análisis de dichos postulados y argumentos, así como de sus fundamentos ideológicos, indica que no hay una ruptura tan radical con la práctica tradicional de la política exterior de los EEUU y que el asalto a los principios de la convivencia internacional denotan un alto grado de coherencia con lo que ha sido la historia del expansionismo imperialista norteamericano y su basamento doctrinario.

Algo que tipifica a este gobierno, en comparación con sus predecesores de las décadas más recientes, es el énfasis con que ha utilizado la justificación ideológica en la promoción de la política exterior, hecho que se corresponde con el uso de similares razonamientos en la promoción de la política interna y que descansa en los códigos político-morales compartidos por amplios sectores de la sociedad norteamericana identificados con el conservadurismo extremo.

Como ha ocurrido en otros momentos históricos, la Administración Bush ha contado para su proyección internacional con la complicidad y cooperación de los poderosos medios de difusión controlados por el gran capital transnacional y por influyentes círculos de poder político estadounidenses.

Se trata de una política exterior que ha resultado costosa y en cuya aplicación EEUU ha tropezado con límites. Cabe concebir en consecuencia que se promueva en el futuro un intento de comedimiento y mayor mesura al proyectar los intereses de la nación, pero los fundamentos esgrimidos por esta Administración persistirán por ser consustanciales al imperialismo.

La Doctrina Bush

La llamada Doctrina Bush se identifica comúnmente con un grupo de postulados recogidos en varios de los documentos y pronunciamientos formulados o hechos públicos a partir de septiembre del 2001. A raíz de lo ataques terroristas del día 11 de ese mes contra las Torres Gemelas y el Pentágono, la Administración decidió comprometerse abierta y públicamente con la visión estratégica respaldada por los elementos “neo-conservadores”¹ de su equipo gobernante. Componente central de esa doctrina, es recurrir al uso o la amenaza del uso de la fuerza como instrumento para alcanzar los objetivos de política exterior y seguridad de los EEUU a partir del inmenso e inigualable poderío militar alcanzado. Los postulados más representativos y comúnmente identificados de la doctrina, que se sustentan en ese uso y en la amenaza del uso de la fuerza, son:

- la promoción de las acciones “preventivas” o “anticipadas” (preemption) en la estrategia bélica estadounidense;
- el unilateralismo, y
- el hegemonismo

Se trata de postulados que, sin duda, chocan con los principios del Derecho Internacional y las nociones esenciales de la convivencia entre las naciones que han prevalecido particularmente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero cabe significar que no son conceptos totalmente novedosos en la historia del expansionismo estadounidense, como no lo son el proclamado uso de la fuerza y la práctica de recurrir al expediente del “cambio de régimen” como fin declarado o encubierto contra estados soberanos. Son además enunciados que descansan sobre la antigua y arraigada convicción de la singularidad y la “supremacía” estadounidense, mito que se promueve como parte de la cultura, la religiosidad y la conciencia de la nación.

La Administración comenzó a delinear la esencia de esta nueva visión en el discurso pronunciado por el Presidente Bush el 20 de septiembre del 2001, nueve días después del ataque terrorista a Washington y Nueva York.

Posteriormente fue perfilándola en su primer informe del Estado de la Unión ante ambas Cámaras del Congreso en enero del 2002 y más tarde en su ya famoso discurso ante los graduados de West Point, en junio del propio año. No obstante, es el documento de la Estrategia de Seguridad Nacional publicado en septiembre 17 del 2002², el que estructura más acabadamente los enunciados y conceptos que componen y se identifican como propios de la llamada Doctrina Bush.

Sus bases conceptuales fueron elaborándose desde mucho antes. A partir de 1992 ya se incorporan al cabildeo en favor de una visión ideológica supremacista, arrogante y prepotente, unida a una ambición inescrupulosa en defensa de lo que sus promotores identifican como los intereses económicos y estratégicos de los EEUU. En la génesis y formación de esta propuesta doctrinaria, participaron altos funcionarios y expertos de Gobierno, de previas Administraciones y de la actual,

¹ Para ampliar sobre quiénes son los “neoconservadores”, ver: Irwin Stelzer: *Neo Conservatism*. Atlantic Books, 2004; John Micklethwait & Adrian Wooldridge: *The Right Nation, Why America is Different*. Penguin Books, 2004; Eliades Acosta: *El Apocalipsis Según San George*. Ediciones Abril, 2005.

² The National Security Strategy of the United States of America, <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.pdf>.

en estrecha cooperación con influyentes tanques pensantes, opulentas fundaciones y organizaciones representativas de la derecha más radical que, entre la década del 60 y el inicio del siglo XXI, proliferaron en Washington con el objetivo primordial de diseñar una defensa teórica del conservadurismo, y de su agresiva proyección en la política exterior.

Las ideas esenciales se plasmaron en diferentes documentos y estudios elaborados, entre otros, por figuras emblemáticas del neoconservadurismo como Richard Perle, Paul Wolfowitz, William Kristol, Robert Kagan, y también en las posiciones patrocinadas por Richard Cheney y Donald Rumsfeld durante los años 90, en los días del Gobierno de George Bush “padre” y durante el Gobierno de Clinton.³ Se trataba de adaptar e impulsar un enfoque conceptual que diera continuidad, en las condiciones de la desaparición de la URSS y del campo socialista, a la política robusta y agresiva practicada por el gobierno de Ronald Reagan. Septiembre 11 simplemente brindó el pretexto para elevar esos conceptos a primer plano, como componente central y doctrinal de la política exterior y de seguridad que asumiría la Administración inaugurada en enero del 2001.

Antecedentes de sus postulados

Varios expertos en la política exterior de los EEUU han argumentado, no sin cierto grado de razón, que los conceptos comprendidos en la llamada Doctrina Bush, o sea, las acciones anticipadas, el unilateralismo y el hegemonismo, tienen antiguas raíces y fundamentos ideológicos en las formulaciones y prácticas de política exterior y de seguridad sustentadas desde las primeras décadas del nacimiento de los EEUU. Incluso, los propios defensores del “neoconservadurismo” se valen de esa argumentación para rechazar las acusaciones de que están produciendo un vuelco radical a la política exterior estadounidense.

El Profesor John Lewis Gaddis⁴, adjudica a John Quincy Adams, quien devino Secretario de Estado de la Administración de James Monroe en 1817, el haber contribuido más que nadie al diseño de una política exterior expansionista como modo de garantizar la seguridad de la entonces naciente república, la cual se basaría en los mismos conceptos hoy promovidos por el equipo de Bush: la prevención-anticipación, el unilateralismo y el hegemonismo.

En un artículo de la actual Secretaria de Estado Condoleezza Rice, en el que explica la Estrategia de Seguridad Nacional del gobierno, se dice: “De modo que por sentido común los Estados Unidos deben estar preparados para tomar acción cuando sea necesario antes de que los peligros se materialicen plenamente”⁵. Mucho se ha publicado ya sobre este recurso, supuestamente nuevo, de acudir a las acciones “anticipadas” (preemptive, según el término en idioma inglés), como las define reiteradamente la propia Administración, o “preventivas” (preventive), como enfatiza Noam Chomsky⁶. En el caso de “preventive”, la acepción en español también puede estar relacionada con el verbo “impedir” (to prevent).

En el propio texto de la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002, al describir la campaña de guerra contra el terrorismo, se contempla defender “... a los Estados Unidos, al pueblo americano y a nuestros intereses en la patria y en el extranjero mediante la identificación y la destrucción del peligro antes de que alcance nuestras fronteras...ejercer el derecho a la autodefensa actuando

³ Frontline: the war behind closed doors chronology - the evolution of the Bush Doctrine, PBS.htm

⁴ John Lewis Gaddis: Profesor de Historia y Ciencia Políticas de la Universidad de Yale.

⁵ Irwin Stelzer: *Neo Conservatism*. Atlantic Books, 2004

⁶ Noam Chomsky: *Hegemony or survival: America´s Quest for Global Dominance*, Penguin Books 2004, pp. 12.

anticipadamente (preemptively)...para impedirles (to prevent them from) causar daño a nuestro pueblo y a nuestro país...”. Conviene detenerse a analizar la semántica utilizada, pues ambos términos se emplean deliberadamente en el texto de la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002 como si fueran intercambiables.

La confusión en el empleo de los términos es importante y muy peligrosa, ya que no se trata del mismo concepto. Una acción “anticipada” (preemptive) pudiera en caso extremo explicarse frente a un peligro de agresión inminente, a la vista, como se ha hecho con y sin razón a lo largo de la historia. Pero una acción “preventiva” (preventive) entrañaría el concepto de actuar, como pretende EEUU, contra un Estado que hipotéticamente, en el futuro incierto, pudiera suponer un peligro eventual y potencial para la seguridad estadounidense, sin llegar a especificar qué clase de peligro sería este ni a cuál o cuáles estados se refiere. Se trata, claramente, de un ataque frontal al Derecho Internacional. Iraq y Afganistán han sido los ensayos de vitrina para inaugurar su aplicación.

Quincy Adams, autor también de la conocida Doctrina Monroe e identificado cabalmente con las concepciones de Destino Manifiesto que han servido de apología a la expansión territorial de los EEUU, parece haber tenido más éxito e influencia como Secretario de Estado que en la posición de Presidente que ocupó años después. Lewis Gaddis argumenta que es a raíz de la experiencia sufrida por EEUU en la guerra de 1812 contra Inglaterra y en las condiciones de una república joven, muy despoblada y con extensas fronteras que defender frente a varios adversarios potenciales, que Adams promueve la invasión del entonces territorio de la Florida, bajo el dominio de España, como necesaria acción “anticipada” en supuesta defensa de la seguridad de los EEUU ante la aparente incapacidad del Imperio español para controlar las incursiones de los indígenas⁷.

Pretextos de seguridad nacional similares se utilizaron para presentar como acciones “anticipadas” el arrebato de vastas extensiones del territorio mexicano entre 1835 y 1848, la intervención en Cuba de 1898, y las intervenciones en República Dominicana, Haití, Nicaragua y México en las primeras décadas del siglo XX. En todos los casos se alegó que el peligro de intervención de parte de una potencia europea o el riesgo de una situación descontrolada en el orden interno, debido la evidente condición “fracasada” de los Estados en cuestión, obligaban a Washington a actuar anticipadamente.

Incluso la Enmienda Platt, impuesta a Cuba como apéndice de la Constitución de 1902 en abierto acto de expansión e ingerencia imperialista, fue defendida en su época como una acción anticipada que junto a la llamada “revolución panameña” y la construcción del Canal en el istmo, garantizarían al nuevo “Imperio” el control defensivo y ofensivo de las aguas del mar Caribe y sus rutas de acceso.

Resulta evidente que hay antecedentes en el uso del argumento de la “anticipación” como justificación para la expansión imperialista y para el ataque a estados soberanos. Lo novedoso es el artificio de confundir las acciones “anticipadas” con las “preventivas”, conducta que, según críticos como Zbigniew Brzezinski⁸, supone arrogarse el derecho de identificar a un enemigo potencial y atacarlo sin procurar el consenso de la comunidad internacional o una definición válida y compartida sobre cuál sería la amenaza a prevenir. Otro crítico, Clyde Prestowitz⁹, plantea que la nueva

⁷ John Lewis Gaddis: *Surprise, Security, and the American Experience*, Harvard University Press 2004, pp 15-33

⁸ Zbigniew Brzezinski: *The Choice: Global Dominance or Global Leadership*. Basic Books, 2004. pp. 35-38

⁹ Clyde Prestowitz: *Rogue Nation*. Basic Books, 2004. pp. 23

doctrina de la supremacía y el ataque “preventivo” golpea en su esencia a los principios fundamentales de las relaciones internacionales establecidos desde la Paz de Wesfalia en 1648.

No podría acusarse a Brzezinski ni a Prestowitz de ser críticos o enemigos del imperialismo, más bien son apologistas del papel imperial y hegemónico de los EEUU. Su discrepancia y alerta están provocadas por la tendencia extremadamente arrogante y prepotente de las propuestas de los neoconservadores y no por la vieja práctica de inventar un pretexto para agredir “anticipadamente” a naciones soberanas. Ambos han sido adeptos de la llamada Doctrina Truman que, según expertos, sirvió de basamento para la política exterior de los EEUU durante más de medio siglo. Es en esta doctrina que, por primera vez y en el escenario de la post-guerra, se enuncia abiertamente el derecho y el deber de los EEUU a intervenir en los asuntos de otras naciones, incluso con el uso de fuerzas militares¹⁰.

Además de propugnar las acciones “preventivas”, W. Bush y los neoconservadores han declarado abiertamente el propósito de provocar o inducir “cambios de regímenes” en países cuyos gobiernos y sistemas políticos consideran contrarios a sus designios internacionales. Aunque la intención explícita de actuar de esa manera forma parte de los elementos que singularizan como novedosa a la Doctrina Bush, ilustrada con la invasión y el derrocamiento del gobierno iraquí, el designio no es enteramente original. ¿Qué ha sido, si no el propósito de producir un “cambio de régimen”, la política persistentemente aplicada contra Cuba desde 1959? ¿Cuál fue el propósito de las invasiones a República Dominicana, Guatemala, Granada y Panamá, y la guerra sucia contra Nicaragua, por mencionar sólo ejemplos del Hemisferio Occidental? Tienen razón entonces los neoconservadores al aducir que la política exterior de Bush no constituye un asalto radical a lo que ha sido la práctica histórica del imperialismo norteamericano¹¹.

La Estrategia de Seguridad Nacional del 2002 dice, en ejemplar expresión del unilateralismo que identifica al gobierno de W. Bush: “Tomaremos las acciones que resulten necesarias a fin de asegurar que los esfuerzos por alcanzar nuestros compromisos globales de seguridad y de protección a los americanos no sean afectados como resultado de investigaciones, averiguaciones o encauzamientos potenciales por parte de la Corte Penal Internacional, cuya jurisdicción no se extiende a los americanos y nosotros no aceptamos”.

Tampoco es original la voluntad manifestada de actuar unilateralmente ante los supuestos desafíos del mundo contemporáneo y rehuir estar comprometidos o atados por las Naciones Unidas, la Corte Internacional de Justicia o instrumentos del Derecho Internacional. Hay antecedentes que describen una persistente conducta unilateral en el comportamiento internacional de los EEUU. La Doctrina Monroe, concebida por Quincy Adams, además de constituir la temprana expresión imperial de una república aún débil, se diseñó en respuesta y como alternativa a la propuesta británica de acordar una declaración conjunta anglo-estadounidense contra cualquier colonización futura del continente americano tras desmoronarse el dominio español en la mayor parte del hemisferio. Quincy Adams prefirió emitir tal pronunciamiento unilateralmente y comprometerse con “sus principios explícitamente” antes que, según él mismo expresó, hacerlo al amparo de los buques de guerra británicos¹², con lo cual dio inicio a una conducta y a un modo de actuar reiterado en la historia del país.

¹⁰ Andrew J. Bacevich: *American Empire*. Harvard University Press, 2002. pp 228

¹¹ Irwin Stelzer: *Neo Conservatism*. Atlantic Books, 2004

¹² John Lewis Gaddis: *Surprise, Security, and the American Experience*, Harvard University Press 2004. pp. 23, 24

Ha sido recurrente, entre políticos y académicos, la práctica de calificar de “aislacionista” la conducta internacional de los EEUU durante varios períodos de su historia, término que, como sugiere Lewis Gaddis, tal vez resulte impreciso. En esferas importantes del quehacer internacional como el comercio, la promoción de la inmigración y el establecimiento de relaciones oficiales en casi todo el mundo, Washington, lejos de aislarse, parece haber desarrollado desde mediados del siglo XIX suficiente capacidad para establecer vínculos provechosos e imponer su voluntad, aun en naciones tan lejanas como China y Japón. El término más exacto sería entonces el de una actitud internacional “unilateralista”, que sí parece haber caracterizado desde muy temprano a los EEUU en su afán por evitar compromisos con otras potencias que limitaran o coartaran su libertad de acción en circunstancias imprevistas y en la consecución de sus intereses nacionales. También se ha manifestado en su tendencia a evadir implicarse en problemáticas internacionales que no fueran de su interés, incluso cuando ya reunía los atributos de una potencia global en las décadas de 1920 y 1930. Puede considerarse que esta admonición, formulada por primera vez en el famoso “Discurso de Despedida” de George Washington¹³, se mantuvo como paradigma de la política exterior hasta los inicios de la Segunda Guerra Mundial.

El “unilateralismo”, proclamado con estridencia desde la llegada de W. Bush al poder y practicado aún antes, durante buena parte de la Administración Clinton, más que apuntar al nacimiento de una nueva conducta internacional, refleja el retorno remozado a una vieja costumbre que había sido relegada con la entrada de EEUU en la Segunda Guerra Mundial. Las indiscutibles ventajas del poderío militar, económico y tecnológico de los EEUU en 1945, más el escenario peculiar con que se desarrolló la llamada “post-guerra”, en un contexto de bipolaridad nuclear, propiciaron que, contrario a la práctica seguida hasta entonces, primaran en Washington tendencias favorables al establecimiento de un marco internacional institucionalizado y estructurado. Era un escenario favorable a iniciativas como las Naciones Unidas, las instituciones financieras internacionales, la OTAN, la OEA, la Comisión Trilateral y otras. Con ellas quedaban favorecidos los intereses de los EEUU, sin que se impidiera el recurso a fórmulas unilaterales cuando resultara conveniente, de lo cual hay suficientes ejemplos. La negativa de Washington a permitir la creación de una organización internacional del comercio, como acordó la Conferencia de La Habana en 1948, es solo uno de muchos casos ilustrativos.

La conducta internacional de derecha, atizada desde la época de Reagan, representa una visión embriagada por la supremacía del poderío económico, militar y tecnológico de los EEUU, al defender el derecho y la necesidad a actuar unilateralmente; al atacar el prestigio de la ONU; al declarar límites a la competencia de la Corte Internacional de Justicia y de la Corte Penal Internacional, y al exigir un trato privilegiado y excluyente para los estadounidenses en esos tribunales; al denunciar o socavar los marcos regulatorios contra el armamentismo y desechar todo compromiso con la protección del medio ambiente. Es una conducta que entraña el implícito rechazo al concepto de “igualdad soberana de los estados”, recogido por primera vez en la Carta de las Naciones Unidas, que es contrario a la corriente ideológica que propugna la incuestionable supremacía y singularidad de los EEUU.

Varios conceptos recogidos en la Estrategia de Seguridad Nacional del 2002, concitaron la atención internacional por la crudeza del mensaje hegemónico:

“Es hora de reafirmar el papel esencial del poderío militar americano. Debemos levantar y mantener nuestras defensas más allá de cualquier desafío”.

¹³ *Washington's Farewell Address, 17 de September, 1796*. Richard B. Morris: *Basic Documents in American History*, Van Nostrand Company, 1965

“Nuestras fuerzas serán lo suficientemente fuertes como para disuadir a adversarios potenciales de procurar un desarrollo militar con la esperanza de sobrepasar o igualar al poderío de los Estados Unidos.”

“El gran poderío de esta nación debe utilizarse para promover el balance de poderes que favorezca la libertad”.

“La Estrategia de Seguridad Nacional se basará en un internacionalismo distintivamente americano que refleje la unidad de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. La meta de esta Estrategia es la de ayudar a hacer que el mundo sea no solo más justo sino mejor.”

El hegemonismo es consustancial a la naturaleza de los Estados Unidos de América desde sus orígenes. La historia del expansionismo territorial durante buena parte del siglo XIX, es la del esfuerzo de dominación de una nación cuyas élites concibieron la garantía de su desarrollo, su prosperidad y su seguridad por medio de la conquista a sangre y fuego de todo el territorio comprendido entre el Atlántico y el Pacífico. Esta expansión, que conllevó un intensivo poblamiento facilitado por enormes corrientes migratorias europeas, presupuso el rechazo a coexistir con cualquier otra potencia o nación en el espacio territorial que estimaban destinado por la providencia para el disfrute de su pueblo elegido.

De nuevo, puede encontrarse en los pronunciamientos de Quincy Adams la temprana justificación del ejercicio hegemónico. Describió a su país como “una nación, co-extensiva con el continente norteamericano, destinada por Dios y por la naturaleza a ser la más poblada y la del pueblo más poderoso que jamás se haya combinado bajo un pacto social”. Consideró, además, que bajo esas premisas no había razones para esconder las aspiraciones hegemónicas: “cualquier esfuerzo de nuestra parte para borrarle al mundo la creencia de que somos ambiciosos, no tendrá más efecto que convencerlos de que agregamos a nuestra ambición la hipocresía”¹⁴. El tono, la arrogancia y la crudeza del planteamiento, parecerían emitidos por el propio W. Bush o por cualquiera de los neoconservadores que le sirven de inspiración ideológica.

La llegada a la etapa imperialista, magnificó el apetito de dominación de los EEUU. La lista de ejemplos y acciones dirigidas a ejercer y garantizar un control estratégico, primero en el hemisferio occidental y después en la mayor parte del mundo, es interminable. Proponerse calcular el inmenso costo en vidas humanas y daños materiales de tal empeño, resultaría una tarea casi imposible de acometer. Pensar que el hegemonismo es una característica inaugurada por el actual gobierno en Washington o que constituye un atributo singular de los neoconservadores, sería un acto de ingenuidad e implicaría además desconocer la naturaleza esencial del imperialismo, particularmente la del norteamericano.

Una de las referencias más tempranas que se usan para identificar al pensamiento neoconservador, está en el documento que supuestamente redactó Paul Wolfowitz en 1992, cuando era Subsecretario de Defensa en el gobierno de Bush “padre”, consistente en un grupo de lineamientos militares internos del Pentágono bajo el título de Lineamientos para la Planificación de la Defensa. El documento, difundido públicamente después de filtrarse al New York Times¹⁵, nunca recibió status oficial, pero llamó la atención de la opinión pública por la franqueza de los conceptos expuestos y en particular por la referencia a que no se permitirá a ningún Estado construir un

¹⁴ John Lewis Gaddis: *Surprise, Security, and the American Experience*, Harvard University Press 2004, pp. 26, 27.

¹⁵ *The New York Times*, marzo 8, 1992, y *The Washington Post*, marzo 11, 1992.

potencial militar capaz de equipararse con el poderío bélico de los EEUU. Se trataba de un mensaje crudo y frontal, referido a las pretensiones de dominación, lanzado al inicio de la llamada post-guerra fría, recién desaparecida la URSS y en las nuevas condiciones del mundo unipolar.

Sin embargo, no fue ésta la primera vez que se emitía un mensaje de estas características. Casi 30 años antes se había proclamado que la meta de la gran estrategia norteamericana era impedir cualquier desafío al “poder, la posición, y el prestigio de los EEUU”. Y no fueron Richard Cheney, ni Donald Rumsfeld, ni ninguno de los ideólogos del neoconservadurismo los que formularon esta visión. Fue Dean Acheson, paladín del enfoque “liberal” en la proyección internacional estadounidense de post-guerra, quien la articuló en 1963. Este ex Secretario de Estado, ya entonces jubilado, que en época del McCartismo fue acusado sin pruebas aparentes de simpatizar con los comunistas, se estaba refiriendo a las acciones de Washington contra Cuba, a la política de “cambio de régimen” que ya estaba en vigor y a la conducta de prepotencia que en octubre de 1962 llevó al mundo al borde de una catástrofe nuclear¹⁶.

Conviene detenerse en lo manifestado por Acheson respecto a Cuba, pues ilustra cómo, más allá de cualquier ánimo de revancha de los intereses transnacionales afectados entonces por la Revolución o del rabioso espíritu de venganza practicado hoy por la Mafia Cubano-Americana, subyace en la política estadounidense contra Cuba una contradicción raigal e insalvable entre la naturaleza hegemónica de los EEUU y la genuina vocación independentista y nacionalista de los cubanos.

Por consiguiente, la Doctrina Bush puede significarse por la soberbia, el extremismo y la ostentación con que fundamenta la actuación imperialista de los EEUU pero, a la vez, se concatena coherentemente con elementos cardinales de lo que ha sido el rumbo tradicional de la proyección internacional norteamericana desde los orígenes del país. Lo que singulariza al momento actual, es el hecho de ubicarse en la Casa Blanca un grupo representativo de las corrientes conservadoras y de extrema derecha que de modo tan extendido y profundo matizan el mapa socio-político de los EEUU. Este grupo, que además ha llegado a controlar los demás órganos de poder del país, se siente más seguro que muchos de sus predecesores y que sus contrincantes políticos en la convicción de que EEUU ha de valerse, sin sonrojo o remordimiento, de su inigualable supremacía económica, militar y tecnológica en aras de imponer los intereses y los valores de su pueblo elegido, e impedir que surja rival capaz de retar esa supremacía.

Una política exterior del movimiento conservador

El componente ideológico no es característico sólo de la política exterior. Forma parte de la idiosincrasia general estadounidense y tiene raíces en el impulso ideológico que acompañó a los colonizadores europeos que primero llegaron a la costa atlántica de Norteamérica. La Administración de W. Bush lo ha incorporado a su discurso político con un énfasis singular, que abarca todo el ámbito de su gestión gubernamental, tanto en la política doméstica como en la exterior. Algunas frases que alarman y llaman la atención entre los documentos que suelen identificar a la doctrina Bush, son las siguientes:

“Somos esta noche un país despertado ante el peligro y llamado a defender la libertad”
(discurso de G. W. Bush, 20 de septiembre, 2001)

¹⁶ Noam Chomsky: *Hegemony Or Survival: America's Quest for Global Dominance*, Penguin Books 2004, pp 14

“Toda nación en todas las regiones tiene una decisión que tomar: o está con nosotros o está con los terroristas.” (Idem.)

“...que Dios nos obsequie sabiduría y que vele por los Estados Unidos de América” (Idem.)

“...el mundo civilizado enfrenta peligros sin precedentes” (Estado de la Unión, 29 de enero, 2002)

“...hemos sido llamados para desempeñar un papel singular en los eventos humanos...” (Idem.)

“...la causa de nuestra nación ha sido siempre mayor que la causa de nuestra defensa...” (G.W. Bush, Westpoint, 1ro de junio, 2002)

“Visten ustedes el uniforme de un gran y único país” (Idem.)

“Si esperamos a que las amenazas se materialicen, habremos esperado demasiado” (Idem.)

“Estamos dentro de un conflicto entre Dios y el mal...” (Idem.)

“América enfrenta una amenaza existencial” (Condoleezza Rice¹⁷)

Detrás del uso y abuso de la retórica ideológica en el comportamiento internacional de la Administración, están fuertes intereses groseramente prácticos y mundanos que niegan un genuino apego a principios o códigos morales, y que están inspirados en ambiciones económicas o de poder que utilizan el discurso ideológico para adelantar sus objetivos o garantizar la primacía estadounidense a escala global. No obstante, sería errado ignorar que también hay cierto grado de basamento ideológico real tanto en las concepciones como en las políticas que defiende la Administración, las cuales reflejan posiciones de clase y responden a visiones del mundo firmemente ancladas en la filosofía comúnmente compartida por amplios segmentos de la población estadounidense.

Estados Unidos es un país tradicionalmente conservador, cuyas estructuras gubernamentales y constitucionales responden a esa característica. La Constitución, varias de sus enmiendas complementarias y buena parte de la legislación del país, tienen suficientes disposiciones y garantías para asegurar la improbabilidad de que surja algún movimiento o tendencia con la capacidad de poner en riesgo los intereses establecidos de las élites dominantes. Aunque la Unión Norteamericana surgió como un acto revolucionario en su tiempo, contrastante con el absolutismo monárquico de Europa, sus bases constitutivas se concibieron con el claro propósito de proteger al sistema contra movimientos sociales inconformes con la desigual distribución de la riqueza, la cual descansaba en los derechos de propiedad, primordialmente de la tierra. James Madison, uno de los “padres fundadores”, Presidente del país entre 1809 y 1817, y coautor de los “Federal Papers” que tan importantes han sido en la interpretación de la Constitución, expresó que “el gobierno nacional es una de las protecciones más importantes contra movimientos masivos que puedan poner en peligro el régimen de propiedad”¹⁸.

¹⁷ Condoleezza Rice: *The President’s National Security Strategy*, artículo publicado en: Irwin Stelzer: *Neo Conservatism*. Atlantic Books, 2004

¹⁸ Thomas R. Dye, Harmon Zeigler: *The Irony of Democracy: an uncommon introduction to American politics*, Books/Cole Publishing Company, 1990

EEUU es también una nación en la que la religión desempeña un papel mucho más influyente que en otros países occidentales, en la que los códigos morales han disfrutado tradicionalmente de un peso considerable en la sociedad, con tendencia en las décadas recientes a reafirmarse en muchos sectores de la población, y en el que la ideología incide y extrema la conducta política.

El Gobierno de George W. Bush llega al poder en el 2001 en la cresta de una ola conservadora que ha venido cobrando fuerza, amplitud e ímpetu en los últimos cincuenta años, de un modo aparentemente indetenible y en gran medida imperceptible. El mapa político estadounidense ha ido cambiando sustancialmente en las últimas décadas con una pronunciada inclinación a la derecha. Durante los momentos más confrontacionales de la “Guerra Fría”, en los días del triunfo de la Revolución cubana y durante la guerra de Vietnam, EEUU estaba aún lejos, en términos político-ideológicos, de lo que es hoy.

Hace apenas cuarenta años, se utilizaban los adjetivos de “conservador” o de “derechista” para descalificar o humillar política o moralmente a alguna persona, agrupación o propuesta política. En contraste, hoy cualquier político que aspire a cargo público en los EEUU evita ser coronado con el calificativo de “liberal”. Las campañas presidenciales de los últimos años, en particular la del 2004, así lo ilustran. Se hace necesario digerir esta realidad para comprender la profunda carga ideológica que acompaña al discurso de política exterior estadounidense y el énfasis tan marcado con que, de forma general, la emplea el gobierno de W. Bush.

Durante buena parte del siglo XX, en particular durante la Segunda Guerra Mundial y en la inmediata post-guerra, la agenda político-intelectual de EEUU a escala federal estaba dominada por las ideas del capitalismo liberal y sus ideólogos, con el apoyo de la gran prensa, de la industria del entretenimiento y de poderosas e influyentes cátedras y casas de estudio de las universidades más importantes del país. Aunque este escenario estaba a la derecha de la realidad experimentada en la Europa Occidental de post-guerra, se apreciaba un esfuerzo por orientar al país hacia ideas más avanzadas.

Hoy el contexto es muy distinto. Lo que comúnmente y de modo muy general se denomina “movimiento conservador”, abarca a un conjunto muy heterogéneo de agrupaciones sociales y círculos de poder vinculados desde posiciones de derecha o extrema derecha con temas tan dispersos como la religión, el aborto, la familia, el papel y la posición de la mujer en la sociedad, la cuestión racial, los homosexuales, los impuestos, la educación, el derecho a poseer armas, la inmigración, la propiedad, el papel del Estado, la defensa de Israel y el mito de la supremacía estadounidense, entre otros. Hace cuarenta años ese movimiento político era pequeño y disperso. Pero paso a paso ha logrado articularse y convertirse en una poderosa maquinaria que hoy domina el espectro político-ideológico norteamericano, con una formidable combinación de abundantes recursos financieros, el apoyo de los medios de comunicación masiva, un firme compromiso contra las ideas políticas calificadas de liberales, y apelando a los antecedentes de una nación fundada en el ideario del puritanismo y del calvinismo más militante.

De modo que cuando se aprecia la pesada carga ideológica con que el actual Gobierno estadounidense promueve su política exterior, ha de tenerse presente que W. Bush y su equipo político tienen la seguridad de representar las ideas propagadas y sustentadas por un poderoso movimiento político. No se trata de que haya habido en tiempos recientes un desplazamiento brusco hacia la derecha del pueblo de los EEUU, aunque sí puede haber cierto grado de aceleración en esa dirección. Lo que caracteriza al momento político e ideológico presente, es el potente desarrollo del movimiento que representa las ideas de derecha, logrado a expensas del espacio que tradicionalmente y durante muchos años disfrutaron las corrientes liberales ubicadas a la izquierda

en el arco político-electoral del país, e impulsadas por grupos de la alta burguesía, universidades y centros de estudio, concentrados principalmente en los territorios y la urbes del noreste atlántico y en las grandes ciudades de California, en la costa del Pacífico.

El movimiento conservador ha contado con el uso efectivo de lo que podría llamarse su “ejército de activistas”, compuesto fundamentalmente por sectores de la clase media y pequeña burguesía, vinculados por lo general con el pequeño y mediano empresariado, habitantes de los suburbios, de raza blanca y en su mayoría hombres; que comparten entre sí muchas de las posiciones ideológicas de derecha referidas a un grupo de temas, aunque rara vez todas.

Además, ha sabido hacer uso con gran eficiencia y buena coordinación, de poderosos instrumentos formadores de opinión pública y de la labor de impacto directo e individual. Entre estos instrumentos está la radio, cuyos programas de discusión política y social disfrutaban desde hace veinte años de un renacer explosivo, particularmente vinculado al ascenso del conservadurismo. Ejemplo ilustrativo del uso de este instrumento, ha sido la programación del locutor y comentarista Rush Limbaugh¹⁹, cuya audiencia se considera entre las más amplias y fieles del espectro radio-eléctrico estadounidense y cuyo estilo altisonante, agresivo, difamador y sensacionalista logra captar la imaginación de una audiencia usualmente víctima de la desinformación y el simplismo político.

Otro instrumento ha sido el uso de la prédica religiosa evangélica. Es importante subrayar el papel relevante que históricamente ha desempeñado la religión en la política, la identidad y la cultura de los EEUU. Como expresa el académico Walter Russell Meade, “la religión le da forma al carácter de la nación, ayuda a conformar las ideas de los americanos sobre el mundo, e influye en la manera con que los americanos responden a los eventos que suceden más allá de sus fronteras”²⁰. Las corrientes religiosas que actualmente logran atraer más feligreses en los EEUU son las vinculadas al Protestantismo más conservador, mientras se debilitan las filas del Protestantismo liberal que dominó la escena del país durante la mayor parte del siglo XX.

En este contexto, son las denominaciones fundamentalistas del Evangelismo las que han cobrado más fuerza. Después de un período de deliberado retraimiento a mediados del siglo pasado, han disfrutado en las últimas décadas de un renacer, con la proyección característica del Puritanismo Calvinista y bajo la firme creencia de que existe una brecha insalvable entre aquellas pocas almas que Dios seleccionó para redimir y la muchas otras que predestinó al infierno. Los predicadores evangelistas se han destacado en la historia de ese país por el colorido y la capacidad persuasiva de sus ceremonias, y por la habilidad para influir en la conciencia de sus seguidores.

Debido a la proximidad de muchas denominaciones y de sus líderes a las posiciones de derecha, y su gran coincidencia en varios de los temas identificados con el conservadurismo, estos predicadores desempeñan un destacado papel en el impulso del movimiento conservador. Figuras como Pat Robertson, Billy Graham y Jerry Falwell, son paradigmáticas entre los muchos exponentes de este tipo de ministerio religioso con sesgo político. El hábil empleo de los medios de difusión masiva, unido a los amplios recursos financieros a su disposición, ha contribuido de modo determinante a la difusión del ideario conservador y al reclutamiento en las bases de nuevos adeptos. Se estima que esta creciente e impresionante fuerza evangélica desempeñó un papel fundamental en los triunfos electorales de W. Bush en el 2000 y el 2004, con una alta captación de

¹⁹ Para ampliar sobre Rush Limbaugh ver: John Micklethwait & Adrian Wooldridge: *The Right Nation, Why America is Different*. Penguin Books, 2004

²⁰ Walter Russell Meade: *God's Country?*. FOREIGN AFFAIRS septiembre/octubre 2006. www.foreignaffairs.org

votos. Es lógico que, ante tal fidelidad, se espere de parte de quienes gobiernan el país una respuesta agradecida y consecuente.

Un tercer instrumento a destacar entre los recursos de este movimiento político, es el empleo efectivo de la correspondencia directa. Karl Rove, principal asesor político de George W. Bush desde hace más de diez años, se ha destacado en el uso de este medio. A Rove se le atribuye el “mérito” principal de haber logrado que un Estado como Texas, cuyas instituciones políticas solían estar tradicionalmente controladas por el Partido Demócrata, haya experimentado un vuelco trascendental en menos de quince años para convertirse en un baluarte Republicano. Entre las habilidades que se reconocen a este experto político, de bajo perfil público pero gran manipulador tras bambalinas, está la confección y uso de inmensas bases de datos, con extensas listas de correo directo, acumuladas, organizadas y manipuladas desde la década de los 80, las cuales respaldan, como viejo instrumento de la politiquería norteamericana, el acceso directo a los electores en sus hogares, portando mensajes que se caracterizan por su simplismo y por el uso de la falsedad o la desorientación siempre que resulte conveniente²¹. Fue el triunfo electoral de Ronald Reagan en 1980, el que primero se destacó por ser resultado, entre otros factores, de esta importante herramienta política.

El uso de estos tres vehículos, la radiodifusión, los prédica evangelista y la correspondencia directa, no son patrimonio exclusivo del movimiento conservador, pero su empleo más efectivo y con resultados muy evidentes sí ha llegado a ser elemento distintivo con el que puede identificarse el empuje del movimiento conservador en su desempeño político de las últimas décadas.

Desde finales de la década del 60, coincidente con la llegada de Richard Nixon al poder, se inició un proceso político gradual mediante el cual el Partido Republicano ha devenido en depositario de las ideas y las corrientes más conservadoras, y en refugio e instrumento de sus seguidores y promotores. Se trata de un fenómeno nuevo, que refleja una evolución en el esquema político bipartidista tradicional de la Unión Norteamericana, en particular del existente desde 1860.

Anteriormente, ese esquema no se definía tan nítidamente. La coalición formada en torno a Franklin Delano Roosevelt para lograr sucesivos triunfos electorales del Partido Demócrata a partir de 1932, no podría calificarse como una coalición representativa de lo sectores liberales, aunque logró sumar un apoyo estimable del movimiento obrero organizado y otros sectores muy golpeados por los efectos de la Gran Depresión, así como a los afro-norteamericanos, los judíos y muchos de los inmigrantes. El programa de gobierno instrumentado por Roosevelt incorporó un conjunto de medidas novedosas y avanzadas para su época, comprendidas dentro de lo que se llamó el “New Deal”, con beneficios para la clase obrera y los agricultores, y un papel más activo para el Estado en la economía. La gestión de FDR ciertamente condujo a la política estadounidense por un camino que rompía con esquemas anteriores, al aplicar medidas inspiradas en las concepciones del economista inglés John Maynard Keynes y contar con el respaldo intelectual de círculos académicos influidos por estas ideas y comprometidos con el objetivo de salvar al sistema de la gran crisis económica y social que enfrentaba.

Así, el Partido Demócrata, con el New Deal y lo que significó la participación estadounidense en la Segunda Guerra Mundial, llegó a convertirse prácticamente en el Partido de Gobierno desde 1932 hasta 1968, con excepción del período de Eisenhower entre 1952 y 1960. Pero el bipartidismo no representaba entonces a un país dividido entre las ideas más avanzadas y las de derecha. La coalición formada por Roosevelt, que duró aproximadamente hasta la década de los 70, consistía en

²¹ Lou Debos, Jan Reid, Carl M. Cannon: *Boy Genius: Karl Rove, the Brains Behind the Remarkable Political Triumph of George W. Bush*. Public Affairs, 2003.

una maquinaria política que incluía a buena parte de las fuerzas políticas de los Estados del Sur, asociadas desde la Guerra de Secesión (1860-1864) al Partido Demócrata, pero también muy identificadas con varias de las corrientes más reaccionarias de la política del país. El Partido Republicano, a su vez, incluía corrientes políticas como las lideradas por Nelson Rockefeller, identificado con el pensamiento liberal vigente en las élites del Noreste Atlántico.

Hoy y como resultado evolutivo de un proceso acelerado con la llegada de Reagan al poder, se aprecia que el espectro político norteamericano, dentro de lo que es electoralmente permisible, se encuentra dividido básicamente en dos tendencias: la extrema derecha dentro del Partido Republicano y la derecha dentro del Partido Demócrata. El bipartidismo, que a lo largo de la historia ha logrado exitosamente excluir de la vida política a las fuerzas progresistas o incluso liberales del estilo europeo, se reflejó muy particularmente en los resultados electorales de las contiendas presidenciales del 2000 y el 2004 con un electorado nacional dividido en dos, casi a la mitad.

Otra evolución importante de los últimos años, es el desplazamiento hacia la derecha de las fuerzas políticas y los políticos elegibles en el país. Figuras como el Senador Christopher Dodd y el Representante Lee Hamilton, a quienes desde la década del 90 se identificó con el ala liberal del Partido Demócrata, estuvieron a inicios de los años 70 entre aquellos advenedizos al Congreso que se esforzaron por empujar hacia la derecha al Partido Demócrata y romper con el rumbo trazado por McGovern en 1968, en lo cual tuvieron éxito²². Si se analiza el record de las políticas seguidas por la Administración de Bill Clinton durante sus ocho años de gobierno, se encontrará la alta coincidencia con muchas de las recetas con las que Reagan parecía sorprender en 1981. Su presidencia entre 1993 y el 2000, se destacó por lo que el propio Clinton llamó la conquista del terreno intermedio, ambición que conllevó un deslizamiento hacia la derecha del Partido Demócrata, de lo cual el ejemplo más visible fue el gradual desmantelamiento del estado de bienestar social (Great Society) impulsado durante la Administración Demócrata de Lyndon Johnson, en los años 60.

Adicionalmente, el Congreso, al que corresponde un papel importante y creciente en la proyección internacional del país, está dominado desde hace casi doce años por el Partido Republicano, que a partir del contundente triunfo obtenido en las elecciones de medio término de 1994 bajo la bandera de la “Revolución del Sentido Común”, colocó en ambas cámaras al grupo más conservador de congresistas que haya conocido EEUU, al menos desde 1920²³. Las dos Cámaras han permanecido prácticamente desde entonces bajo este señorío del conservadurismo. Aunque el Partido Demócrata llegara a dominar alguna de las dos instancias a partir de las elecciones parciales del 2006, es previsible que lo logre, fundamentalmente, como resultado del triunfo de candidatos de ese Partido cuyas agendas y posiciones se acerquen al conservadurismo de sus contrincantes Republicanos, no por plantear alternativas clásicamente “liberales”.

Es en este contexto que se formula y despliega la doctrina Bush en política exterior. No se trata, como algunos han alegado y otros desearían, del asalto de un grupo aislado, quienes con sus ideas se han apoderado del aparato de gobierno e impuesto una política exterior extrema. La agenda sustentada es ciertamente extrema, pero es también representativa de un estado de opinión política con fuerte respaldo en amplios segmentos del electorado que se sienten identificados con ella. Es además fruto de un esquema intelectual bien sedimentado y elaborado con tiempo, edificado sobre los pilares tradicionales del ideario imperial.

²² Jeff Faux: *The Party's Not Over: A New Vision for the Democrats*. Economic Policy Institute, 1998.

²³ Clyde Prestowitz: *Rogue Nation*. Basic Books, 2004.

Las concepciones conservadoras se apoyan, como se ha indicado, en una poderosa red de fundaciones y tanques pensantes, la mayor parte de los cuales radican en Washington D. C, que comenzaron a surgir con fuerza en la década del 60 para contrarrestar en el frente intelectual a los bastiones de las corrientes liberales radicados fundamentalmente en las universidades. La producción editorial de estas instituciones y su tenaz actividad de cabildeo, propaganda y promoción, han sido determinantes para los éxitos políticos del movimiento conservador. De instituciones como éstas surgieron los llamados “neoconservadores”, cuyas iniciativas y posiciones conforman en buena medida la doctrina Bush, aunque debe acotarse que no todas sus recetas han sido asumidas o instrumentadas por la Administración.

De otra parte, hay que mencionar el papel desempeñado por los grandes medios de difusión masiva en la promoción de la agenda conservadora, en el avance del movimiento de derecha y también en la cómplice promoción de la política exterior desplegada por W. Bush. La prensa de EEUU ha sido siempre aliada del expansionismo imperialista. La intervención de EEUU en la guerra de independencia de los cubanos contra el colonialismo español, fue exponente del desempeño de la prensa en la promoción de esta primera aventura imperial a escala internacional.

Durante buena parte del siglo XX, los grandes medios de comunicación norteamericanos solían identificarse con el liberalismo peculiar y condicionado que es característico de ese país, tanto la prensa plana, como la TV y la radio. Ese escenario también ha evolucionado en los últimos años. El gran empuje de la cadena Fox, por ejemplo, y su capacidad para marcar las pautas de la competencia en el mercado, han contribuido a la derechización de la programación política y noticiosa de los demás medios. CNN es un ejemplo ilustrativo aunque no el único caso. Esta realidad se hace más evidente al abordar los temas de política exterior, en que la inclinación pro-zionista de los neoconservadores y de buena parte del aparato gubernamental de Bush encuentra eco en medios que suelen en muchos casos estar influidos también por los círculos pro-zionistas. Todo el que trató de seguir las guerras de agresión contra Afganistán e Iraq por la televisión o los medios escritos de los EEUU, si lo hizo con una aproximación objetiva respecto al tema, pudo detectar la grosera complicidad de la prensa con las fuerzas invasoras. Pero si persistiera la duda, baste observar el tratamiento a las causas del conflicto árabe-israelí y la criminal y persistente agresión contra el pueblo palestino.

¿Abandono o continuidad? Los límites de la Doctrina

Cabe preguntarse entonces: ¿De no estar George W. Bush ocupando la Casa Blanca, cambiaría radicalmente la actual política exterior de los EEUU? ¿De triunfar un candidato Demócrata en las elecciones presidenciales del 2008, podría esperarse que la doctrina hoy en vigor y representativa del más descarnado imperialismo, sería totalmente abandonada? Cualquier vaticinio del futuro es muy incierto y podría resultar hasta irresponsable. Pero sí es posible intentar esclarecer si el enfoque de política exterior hoy aplicado denota un fenómeno excepcional y extemporáneo, con pocas posibilidades de sobrevivir en el futuro, o una corriente extrema de profundo arraigo, capaz de perdurar si las condiciones políticas lo favorecen.

Se evidencia cada día con más claridad que la Doctrina Bush ha tropezado ya con sus límites. La extrema prepotencia que ha caracterizado la conducta internacional del actual gobierno, ha conllevado costos muy altos para el sistema. La agenda de prioridades impulsada por los neoconservadores también ha tenido un precio que muchos representantes de la élite en el poder estiman es injustificado. Se considera que al extralimitarse en Iraq, al enajenar a los aliados y al permitir que la llamada “guerra contra el terrorismo” opaque otras prioridades nacionales, el Gobierno de Bush ha embarcado a EEUU en una guerra fracasada, ha llevado a tensión extrema los recursos militares y comprometido seriamente las finanzas del país. Se reconoce además que la

legitimidad de esta doctrina está cada día más cuestionada internacionalmente y que el apoyo interno para nuevas aventuras coherentes con ella se ha reducido considerablemente²⁴.

También se han visto muy erosionadas las fortalezas del hegemonismo estadounidense comúnmente identificadas como “soft power”, vinculadas a las relaciones comerciales, al financiamiento directo, al poder y la influencia de la difusión cultural, de la proyección de su imagen de bienestar y del culto a su riqueza material, factores que tradicionalmente han desempeñado un papel determinante en la propagación de los valores de los EEUU a escala global. Son numerosas las encuestas que ilustran la extendida y creciente impopularidad de los EEUU entre la población de los países aliados. La propia gran prensa norteamericana comenta estos resultados con frecuencia y dedica tiempo y espacio a interpretar su significado.

Si se toma como referencia el infame concepto del “eje del mal”, formulado en el primer informe sobre el Estado de la Unión en enero del 2002, en el que además de Iraq se designó a Irán y a Corea del Norte como blancos del nuevo diseño agresivo de los EEUU, se podrá calibrar los límites con los que ha tropezado Washington en el intento de imponer su voluntad sobre estas naciones y en la instrumentación de la empresa de dominación patrocinada por los neoconservadores. Corea del Norte, lejos de doblegarse, ha llegado al punto de declarar la posesión de armas nucleares y realizar un ensayo de éstas para demostrarlo, a pesar de las advertencias de EEUU. Irán ha defendido vigorosamente su derecho a desarrollar pacíficamente la energía nuclear pese a las inmensas presiones y amenazas de EEUU, y de varios de sus aliados. Evidentemente no le ha resultado posible al Gobierno de Bush movilizar los recursos bélicos ni la voluntad política requeridos para lanzarse contra estos Estados con acciones “preventivas” o “anticipadas”, ni decidirse a actuar unilateralmente, como prescriben los postulados.

Un éxito temprano de la Administración Bush al reaccionar ante los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001, fue la redefinición del mandato de la OTAN, particularmente la ampliación de su teatro de acción a regiones fuera del contexto europeo o nor-atlántico. Pero el costo de la ocupación de Afganistán, donde pierden vidas y entierran cuantiosos recursos financieros, dificultan las condiciones políticas para que Gobiernos miembros de la Alianza se sientan inclinados a ensayar esa fórmula en nuevas aventuras.

Lejos de estas regiones de aparente conflicto, en América Latina, donde con la excepción de Cuba el dominio estadounidense parecía garantizado, se ha perfilado un cambio espectacular de la marea política. Este ha sido protagonizado por vigorosos movimientos populares que han puesto en jaque al modelo neoliberal impulsado por Washington y desalojado del Gobierno a los políticos y grupos oligárquicos con él comprometidos. El ALCA, cuya promesa de aplicación sirvió a W. Bush como una de sus primeras cartas de presentación en la arena internacional al enarbolarse en Québec en abril del 2001, se encuentra empantanado y con pobres perspectivas.

El desastre de la experiencia militar en Iraq y el costo que aún confrontan en Afganistán, podría llevar a los elaboradores de políticas y a los que toman las decisiones en Washington a ser más prudentes antes de lanzarse a futuras aventuras de esa envergadura. No es casual que al publicar una nueva Estrategia de Seguridad Nacional en marzo del 2006, la Administración tuvo el cuidado de eliminar varios de las formulaciones más provocativas de la Estrategia del 2002, evitando en particular las que más se identificaban con la Doctrina Bush. El documento sí persiste en proclamar que “América está en guerra” y que se atacará al peligro antes de que este llegue a suelo patrio. También auto-asigna a los EEUU la misión de acabar con la “tiranías” en cualquier parte del mundo,

²⁴ Philip H. Gordon: *The End of the Bush Revolution*. Foreign Affairs, julio/agosto 2006

con la intención de apoyar a las “democracias” o fomentarlas donde no existan, o sea, la aplicación del “cambio de régimen”. Pero en el tono se detecta una evidente moderación.

Sin embargo, estas realidades deben asumirse con cautela. También la experiencia de Vietnam obligó durante varios años a un comedimiento que no llegó a romperse abiertamente hasta 1983 con la vergonzosa invasión a Granada. Cada día se observan en los propios EEUU nuevas expresiones de la creciente impopularidad de la guerra de agresión contra Iraq y, en grado menor, la ocupación de Afganistán. Podría interpretarse esta reacción como un rechazo total a la política exterior de W. Bush en muchas de sus facetas, pues estos dos ejemplos muestran nítidamente la aplicación de los postulados que preconiza el recetario neoconservador. Pero un análisis de las críticas más frecuentes indica que los ataques van dirigidos fundamentalmente contra la marcha de la guerra, contra los pasos seguidos después de la agresión, contra las medidas instrumentadas para el dominio del territorio ocupado, contra algunos de los criminales excesos cometidos con los prisioneros y parte de la población civil, contra la creciente pérdida de vidas estadounidenses, contra el costo diario, inesperado e insostenible de la agresión.

Estos ya son temas de campaña política. Lo empezaron a ser incluso en las elecciones presidenciales del 2004 y están definiendo las posiciones de los candidatos ante las elecciones parciales del 2006. Pero no se trata de críticas a la esencia de la Doctrina Bush. No se aprecia de parte de los círculos de poder estadounidenses, de quienes hoy gobiernan y de quienes podrían gobernar en el futuro, ni de parte de sus tanques pensantes o de los grandes medios de prensa, un cuestionamiento frontal a sus postulados básicos.

En Iraq, EEUU ha experimentado las consecuencias de errores de cálculo, tanto por fallas en la inteligencia militar como por limitaciones filosóficas y culturales para entender las realidades del país y las potencialidades de la resistencia popular. También opinan muchos analistas que ha habido errores en la planeación militar de la invasión y en las acciones posteriores a ésta. No obstante, son muy escasos los cuestionamientos de parte de los críticos en el Congreso o de las filas del Partido Demócrata al hecho de haber invadido a un país soberano que no atacó ni amenazó con atacar a los EEUU. Ha habido un fuerte debate en torno a la validez de los pretextos utilizados y las mentiras esgrimidas por los Gobiernos de EEUU y Gran Bretaña, pero no al acto específico de agredir a una nación soberana.

Si la interrogante sobre la legitimidad de haber invadido Iraq se concentra en la veracidad del pretexto utilizado, o sea, las armas de destrucción masiva, o en la incapacidad de la Administración para reclutar el apoyo pleno de sus aliados, de la OTAN y la ONU, cabe esperar en el futuro la recurrencia al expediente de la agresión militar contra naciones soberanas y al uso del “cambio de régimen” como instrumento para lograr objetivos de política exterior, siempre que el pretexto esté bien formulado y reciba el apoyo del electorado. Debe recordarse que en el caso de Iraq, EEUU careció del apoyo de muchos de sus aliados principales y no pudo alcanzar el consentimiento de la ONU.

La doctrina militar desarrollada durante más de veinte años, con énfasis en la inmensa superioridad aérea y coheteril, con medios ultramodernos en las comunicaciones, el empleo de satélites y la exploración táctica a distancia, favorece justamente la adopción de acciones que eviten en la medida de lo posible el comprometimiento en el terreno de tropas estadounidenses en combate, enfoque estratégico éste que concuerda con la filosofía política de las acciones anticipadas o preventivas. La superioridad tecnológica en armamentos de EEUU, le permite hoy proponerse mutilar severamente la capacidad defensiva de un país o castigar su economía e infraestructura, con un altísimo grado de precisión, sin la necesidad de situar a un solo soldado en el suelo agredido.

En un artículo crítico de la actual proyección internacional de los EEUU, publicado a fines del 2005, Zbigniew Brzezinski expresó que si bien algunos líderes del Partido Demócrata expusieron públicamente sus críticas a las formulaciones emanadas de la Administración en el escenario posterior a Septiembre 11 del 2001, la tendencia predominante del “establishment” Demócrata fue la de aceptar tácitamente las nuevas premisas estratégicas de la visión del mundo presentada por W. Bush. Añadió que incluso algunos líderes de ese Partido llegaron a actuar como promotores de esa concepción.²⁵ Esta fue una actitud asumida antes de los descalabros palpables de la agresión a Iraq. Lo que denota es la disposición a respaldar las conductas más agresivas cuando las condiciones políticas y el contexto internacional resultan favorables.

Difícilmente podrá esperarse que un candidato presidencial en el 2008, con posibilidades reales de sobrevivir en los primeros asaltos de la contienda electoral, se atreva a cuestionar el enunciado de actuar unilateralmente cuando resulte necesario para los intereses de los EEUU. La Administración de Bill Clinton, al llegar al poder después de doce años de gobierno Republicano, incluidos los dos términos de Reagan, intentó, por ejemplo, corregir algunos de los excesos practicados contra la ONU, como los escandalosos retrasos en el pago de cuotas para el presupuesto y la retención de contribuciones para la cooperación internacional. También se incorporó a las negociaciones sobre temas del medio ambiente que tan claramente evadió Bush padre. Pero estuvo lejos de llegar a corregir el asalto al multilateralismo que se inició desde la época de Reagan, con Jeanne Kirkpatrick y Vernon Walters como sus exponentes más visibles.

Baste recordar cómo, para satisfacción del Senador Jesse Helms y en buena medida como resultado de sus presiones, EEUU, con Madelaine Albright a la cabeza, puso fin a la carrera de Boutros Ghali como Secretario General de la ONU bajo el pretexto de su incompetencia para poner orden en las finanzas de la Organización, a pesar de que éste continuaba contando con el apoyo de la mayor parte de la comunidad internacional, incluidos cuatro de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad. La Administración de Clinton, con el apoyo de Helms en el Senado, amenazó con retener montos mayores de sus contribuciones al presupuesto ordinario si no se atendía su demanda.

El pasado 18 de octubre, como recordatorio actualizado de la vocación, unilateralista, se hizo público que el Presidente de los EEUU había firmado una nueva Directiva de Política Nacional para el Espacio, en la que se rechaza cualquier acuerdo futuro para el control de armamentos que pueda limitar la “flexibilidad” que requiere Washington para desarrollar sus sistemas defensivos en el espacio y enfatiza el derecho a negarle el acceso al espacio a cualquiera que Estado sea “hostil a los intereses de los EEUU”²⁶.

El excepcionalismo estadounidense está tan enraizado en la mente de la población de ese país, incluida la conciencia de los nuevos inmigrantes que aceleradamente se incorporan a la esencia del sistema, aunque mantengan sus raíces culturales, que resulta impráctico y peligroso para cualquier aspirante a cargos políticos sustentar hoy un necesario acomodo internacional en temas ecológicos que pueda significar costos a la productividad económica; o una renuncia a la carrera armamentista de la cual depende un sector importantísimo de la industria y la economía del país, y por ende los empleos y el bienestar de millones de norteamericanos. Le resultaría riesgoso abogar por el acatamiento a las disposiciones de la ONU, organización que amplios sectores de la población consideran gobernada por una “dictadura de la mayoría” e insensible ante los intereses del contribuyente estadounidense; o postular la inadmisibles jurisdicción de la Corte Internacional Penal

²⁵ Zbigniew Brzezinski: *The Dilemma of the Last Sovereign*. Autumn 2005.

²⁶ Marc Kaufman: *Bush Sets Defense as Space Priority*. The Washington Post, 18 octubre, 2006.

que pudiera poner en igualdad de condiciones ante la ley a un “terrorista” y a un soldado norteamericano, o a un gobierno “villano” y al gobierno de los EEUU.

Tampoco cabe esperar que futuros gobiernos norteamericanos renuncien a ejercer la fuerza a escala global en función de garantizar el hegemonismo más abarcador posible. Esta conducta internacional es parte esencial del sistema y concuerda con el ideario del “Destino Manifiesto”. Es además consustancial a la supervivencia del imperialismo. Gobiernos realmente independientes, que persigan políticas en defensa de los intereses nacionales, que se propongan limitar el saqueo de sus economías por parte de las corporaciones transnacionales, que defiendan con verticalidad la aplicación del Derecho Internacional, que promuevan asociarse con otros gobiernos en función de la cooperación y de la defensa de intereses comunes, se convierten inevitablemente en amenazas al esquema de dominación. La incapacidad de controlar o la limitación para influir sobre esos gobiernos, son percibidas como peligros para la perdurabilidad del sistema. La nación que creció y se desarrolló con el ejercicio sin sonrojo de la expansión territorial a costa de otros pueblos o naciones, no puede negar su propia naturaleza y renunciar a su condición hegemónica.

Con independencia de quien resida en la Casa Blanca a partir del 2009, no resulta fácil imaginar un escenario en el cual EEUU desista de su viejo propósito de poner fin a la Revolución cubana, del empeño por liquidar la Revolución Bolivariana o del intento de aplastar en su nacimiento al proceso revolucionario y popular de Bolivia. Tampoco es de esperar que modifique su política de apoyo irrestricto a Israel, gendarme que garantiza sus intereses estratégicos en el Medio Oriente, o que renuncie al recurso del “cambio de régimen”, tan utilizado a lo largo de su historia. Ya es conocido por los europeos que EEUU no permitirá el surgimiento de agrupación, alianza o mecanismo militar alguno que responda a los intereses defensivos de Europa en el cual EEUU no esté directamente involucrado. La lista podría ser interminable, pero claramente apunta a que no hay candidato probable o agrupación política dentro de los Partidos Republicano o Demócrata que se proponga cuestionar de cara a los comicios del 2008 el hegemonismo presente en el ejercicio de la política exterior de los EEUU.

Sí es concebible que el tono arrogante y prepotente ceda paso a formas y propuestas de mayor conciliación aparente con el Derecho Internacional y cierta disposición a procurar el consenso de los aliados, como las que ya proponen influyentes estrategias de política exterior como Zbigniew Brzezinski, Henry Kissinger, Peter Haas, Clyde Prestowitz y muchos otros.

A modo de conclusión

En el intento de contestar la interrogante sobre las perspectivas de la Doctrina Bush a partir de lo anteriormente expuesto, puede confirmarse que el actual Gobierno estadounidense encuentra límites y fracasos en la aplicación de su política exterior y de seguridad, que los promotores de esta conducta internacional agresiva y prepotente son objeto de crítica y cuestionamiento, y que su visión, representativa del conservadurismo extremo, sufre descrédito. Pero, a la vez, debe reconocerse que no hay indicios de que las bases sociales e ideológicas que le sirven de fundamento hayan sido laceradas. Persiste en EEUU un potente movimiento político, representativo de la extrema derecha, que cuenta con amplio respaldo dentro de las filas del electorado. Bajo esas condiciones, de considerarse requerido por las élites para salvaguardar los intereses estratégicos del país y de conjugarse las circunstancias propicias, cabe esperar el eventual resurgimiento, como ya ha ocurrido, de conductas internacionales como las representadas por la Doctrina Bush, independientemente de los resultados electorales de los próximos años o del discurso político que los sustente.